

CAPITULO V

EL OBJETO DE LA RELIGION NI ES QUIMÉRICO,
NI PURAMENTE NATURAL.

Si el hombre, dejando de ser religioso, cede á la necesidad de creer, cree hasta la debilidad de espíritu, y si por el contrario, obedece á la dificultad de creer, cae hasta la incredulidad absoluta. Solo la fé cristiana, tan pronto fija y fija el espíritu en el punto central en que comienzan esas dos pendientes igualmente peligrosas. Hemos visto que cuando el hombre se extravía por exceso de credulidad, tan pronto suscribe á los principios de una religion ménos razonable, como á las opiniones ménos probadas, ó á un partido más afortunado que la fé cristiana, y que

cuando yerra por falta de creencias, cae inevitablemente, ó en el materialismo, ó en el panteísmo, ó en el criticismo, ó en el escepticismo, ó finalmente, en el racionalismo espiritualista, expresiones diversas de la negacion contemporánea, y fórmulas más ó menos francas de la irreligion absoluta. Ahora bien: como el espíritu humano abandonado á sí mismo carece de fuerzas para mantenerse en medio de ambas pendientes, igualmente resbaladizas, debe convenirse en que semejante situacion es del todo anormal. El signo más característico de lo falso es el ser imposible.

¿Qué pueden oponer á tales argumentos los partidos del libre pensamiento? Los hay que los aceptan, declarando el fin de las creencias, el fin de una ilusion perniciosa; élídenlos otros, prometiendo una religion de creacion filosófica capaz de sustituir las instituciones sobrenaturales.

Los primeros dicen: las creencias son una necesidad ficticia, puesto que carecen de objeto positivo, y persiguen un ideal desprovisto de toda realidad concreta, y siendo esto así, acontece con la religion lo que con la imaginacion: es decir, que disminuirá al paso que la humanidad envejezca, quedando reducida de cada vez

más, al paso que aumenten los progresos de la razon. Así se explican los secuaces del positivismo, de cierto determinismo, y de otros sistemas fundados en la observacion, por lo mismo que habiendo comenzado por establecer la idea de Dios como una quimera, no pueden ver más que ilusiones en los homenajes que se le tributan. La exageracion brutal de su método salta á la vista. Acostumbrados á someterlo todo al procedimiento experimental, han llevado la religion á la mesa anatómica del anfiteatro, y como quiera que no haya podido resistir las cortaduras de escalpelo, han decidido que debian declararla cosa fuera del dominio de la ciencia, es decir, una mera hipótesis. A esa categoría de espíritus que se juzgan rigurosos porque son mezquinos, conviene demostrarles que el objeto de la religion, siquiera inmaterial, es real.

En cambio, existen otros que no consideran la religion como una aspiracion engañosa, hácia lo imaginario; pero que, no obstante, la rechazan, porque quisieran creer segun sus conveniencias particulares, no segun un programa dictado por autoridad superior. Por esto dicen: ya que la religion es una aspiracion de la naturaleza, ¿por qué no dejar á esta el cuidado de reglamentarla, y, sobre todo, por qué razon no

atenerse á los dogmas y á los deberes del órden natural, evitando la dificultad de la ascension hasta lo sobrenatural, camino por demás tenebroso ante el cual retroceden asustados tantos y tan grandes espíritus? A esos incrédulos moderados, ó mejor, á esos creyentes inconsecuentes, que admiten las verdades supra sensibles, es menester revelarles la razon de las creencias sobrenaturales. En otros términos: la necesidad de creer, exige un objeto correspondiente que es indispensable abrazar, y este objeto es al propio tiempo: 1.º una realidad inmateral, 2.º una realidad sobrenatural. Dos situaciones perfectamente determinadas, y que indican con toda claridad el punto de vista á que debemos elevarnos.

Tales motivos de controversia parecerán casi ofensivos á la fé de cierto número de lectores; pero téngase en cuenta que nos obligan á ello las necesidades del tiempo. La defensa no es dueña de elegir el terreno del combate, sino que debe aceptar aquel en que se la cita, sean las que quieran las condiciones que ofrece. Por lo demás la Iglesia, para su obra apologética, siempre se ha entendido con los vivos, dejando á los espíritus retrasados el que se entiendan con los muertos. Por lo que á nosotros toca, por lo

mismo que ántes de ofrecérselo á los demás, hemos saboreado el veneno que se encierra en tales objeciones, sabemos que nada contiene que sea peligroso, y estamos persuadidos de que léjos de perjudicar á los temperamentos robustos, en cuanto ha terminado la reaccion, sólo deja un invencible horror respecto de la ponzoña, y sólo engendra una inmensa compasion en favor de los envenenadores. Para mejor conseguir el fin, procuraremos suplir la aridez del asunto por medio de la claridad en la exposicion.

I.

Para cada una de las necesidades reales de la humanidad, existe un objeto correspondiente destinado á satisfacerla. Así, la necesidad de alimentarse, por ejemplo, implica la existencia de alimentos; la del dormir, la del sueño; la de amar, la de un ser nacido para ser amado; y la de creer, la de un sér que es el término de la creencia. Una necesidad que no tuviese su ob-

jeto especial, constituiría una burla de la naturaleza. De aquí que de la necesidad constante y universal que la humanidad experimenta de creer en Dios, se deduzca razonablemente la existencia de Dios. Mas, ¿qué recursos emplea la negación contemporánea para eludir semejante conclusión? Establece sencillamente el principio de que el sentimiento religioso es el único que carece de realidad determinada: es decir, considera á aquel como un mirage que flota ante las miradas de la humanidad en marcha, ó como una puerta del alma abierta sobre el vacío. ¿Quiere conocerse ahora cómo se arregla para reducir todas las creencias á la categoría de hipótesis, echando mano para ello de la hipocresía más audaz? Un jefe de cierta escuela alemana, ha proclamado paladinamente, lo que los más osados de la nación francesa sólo se atreven á revelar con cierto temor. Oigamos esa repugnante fórmula del ateísmo. «Que adores á Jehová ó al dios Apis, al rayo ó á Cristo, á tu sombra ó á tu alma, lo mismo dá... la fé sólo tiene por objeto lo que se forja la fantasía. «Crear no es más que figurarse que lo que no es, es realmente. Por consiguiente, solo puede

«encontrarse á Dios en la fé, es decir, en la imaginación del hombre [1].»

Para destruir tales disparates, nada mejor que ponerlos en evidencia: el castigo más ejemplar que contra el crimen haya podido imaginarse, es la exposición á la vergüenza pública... Dos medios hay para concluir con esa degradación de la sofística alemana. El primero consiste en demostrar nuevamente la existencia de Dios; pero como Clarke y Fenelon nos han dejado sobre el particular dos tratados, que los adversarios no han conseguido destruir, no obstante los desesperados esfuerzos que para ello han empleado, no hay para qué emprendamos de nuevo la tarea. La pirámide se mantiene erguida é indestructible: el ateísmo contemporáneo no ha logrado remover ni una sola de sus piedras. Continuemos, pues, en posesión de la fé universal, y no contristemos nuestras almas poniendo de nuevo en tela de juicio al sentido comun, nada más que porque á ciertas inteligencias torcidas, se les antoja oponer imaginaciones en lugar de argumentos.

El segundo medio consiste en tomar la ofensiva contra esas mismas imaginaciones y en de-

(1) Feuerbach. *La religión*.

mostrar lo que pesan en la balanza de la razon. Este es el que adoptamos.

Y entrando desde luego en materia, decimos: ¿Qué es lo que se pretende con esta definicion arbitraria: *creer es figurarse que lo que no es, es en realidad?* Una de dos; ó Dios existe, ó no existe: si existe, la fé no es en manera alguna un fenómeno puramente subjetivo, puesto que tiene como término un objetivo sublime, y por consiguiente el axioma materialista de la impiedad cae en lo absurdo; pero si nuestros adversarios admiten que Dios no existe, la humanidad les pide que lo prueben, y áun exige que se la pruebe á ella misma. Y se comprende, puesto que cuando ella niega á Dios, no puede negar en manera alguna la necesidad que de Dios experimenta. De nada sirve que un cínico de la decadencia romana, haya dicho: «El temor es quien á dado vida á los Dioses;» porque Dios continúa en la fé del género humano, no por el temor, sino á pesar del temor que inspira; porque no pueden desprenderse de él, el pensamiento y el corazon de nuestra raza; porque negándolo, se suprime un misterio y se suscitan mil; porque la pequeña secta de los ateos, jamás gozará contra esa creencia más autoridad que la que tiene contra los derechos paternales, el nú-

mero reducido de los parricidas; porque, finalmente, el hombre comprende que al destruirla se destruye á sí mismo.

Si, si el sentimiento religioso es un *sursum corda* quimérico, un movimiento anormal que tiene en la imaginacion su punto de partida, y cuyo término definitivo no existe en parte alguna, es preciso convenir en que el hombre se halla atacado de una locura deplorable. Si Dios no es más que una sombra, cuanto existe se halla ocasionado á convertirse en sombra; y cuando Laplace, despues de haber organizado el conjunto de las cosas segun su sistema materialista, exclama: todo puede explicarse sin Dios, se me figura escuchar á la humanidad entera presa de la mayor desolacion, gritando: Todo, excepto yo.

¡Crear es figurarse que lo que no es, es realmente! ¡Qué trastorno de ideas! Disponámonos para reconstruir en sentido opuesto el edificio de nuestras convicciones. En adelante sabremos que la religion, considerada hasta hoy como una grandeza moral de la humanidad, no es más que una bajeza; que el sentimiento religioso, en virtud del cual todas las cosas se hallan ordenadas en nosotros, es de todos el más desordenado; que somos perversos, por lo mismo que se nos

reputaba virtuosos; locos, porque se nos reputaba sábios; bárbaros, en lo que se nos tenía por civilizados; en suma: que en tanto no se corrija el hombre de esa necesidad que le mueve á convertir á lo alto sus miradas, y no vuelva á ese ideal de perfeccion representado en nuestra historia por el año 1793, en cuya época el Sér supremo no había sido aún sacado de la nada, el mundo marchará confuso, revuelto y barajado. Para hablar de esta suerte, y suponer al género humano presa, respecto del particular, de tan incurables vertigos, dígasenos en puridad si no es indispensable hallarse atacado de la enfermedad que se le supone.

¡Creer es figurarse que lo que no es, es realmente! Dificilmente puede imaginarse invención más gratuita, y mil veces menos inexplicable que lo que se pretende explicar! Porque, ¿á qué se reduce, en último resultado, como no sea á dirimir la cuestion por la misma cuestion? Y siendo así, toda vez que os place proponer como axioma, que solo existen cuerpos, ¿por qué os burlais del idealismo que sólo admite espíritus? Y toda vez, que sólo admitís el testimonio de los sentidos como criterio de la verdad, ¿qué opondréis al racionalismo de Kant rechazando toda certeza objetiva á semejante testimonio?

En una palabra, y valiéndonos de una de vuestras expresiones, vosotros partís la humanidad en dos: ¿con qué derecho, pues, os preguntamos, deducís que la porcion conservada por vosotros, la materia, es más verdad que la porcion rechazada, el espíritu? Por lo que á nosotros toca, aún haciendo abstraccion de nuestra apologética, tenemos en contra de vosotros dos inmensas ventajas: la prescripcion y la humanidad. A vosotros es, pues, á quien corresponde aducir las pruebas, porque nosotros no podemos abdicar una posesion que data desde el origen del mundo. Mas la pretension de llevarnos á vuestro terreno en lugar de darnos la batalla en el nuestro; y la de establecer vuestro sistema, y erigirlo en principio, y oponer á una institucion esencialmente espiritual, que ponéis, la no existencia de los espíritus, vale tanto como excusar la lucha: esto no es ganar la partida; esto se llama una mistificacion, no una victoria.

¿Y no podríamos añadir tambien, que si algo prueba, es más bien sutileza que lógica? Para demostrarlo, fijémonos en las aplicaciones contradictorias que de su principio hacen los materialistas. El centro, el punto inicial de sus deducciones, es siempre el hombre. ¿Trátase de constituir la moral independiente? En este caso

demostrará en el hombre el sentimiento del deber, lo que ellos llaman la *ineidad* de la justicia, y de ella deducen la realidad de la moral. ¿Trátase de establecer la verdad de la estética? Pues inmediatamente sorprenden en el alma el sentimiento apasionado de lo bello, y afirman, por consiguiente, su existencia. Pero se trata de la religion, y aún cuando se ven obligados á convenir en que el sentimiento de lo divino es uno de los más vivos é imperiosos de nuestra naturaleza, no obstante todas las indicaciones precedentes, declaran esta aspiracion una quimera de la imaginacion humana.

Ahora bien, ó no existe lo que se llama sentido comun, ó semejante procedimiento vale tanto como contradecirse y faltarse al par al respeto. El medio escogitado para cojer en falta á la religion, consiste en pedirle lo que en manera alguna nos debe. Ya he dicho y probado que no nos debe la evidencia filosófica, porque siendo uno de los principales caracteres de lo infinito la incomprendibilidad, el rehusar la creencia en el sér supremo porque no se le comprende enteramente, vale tanto como decir que no se cree en Dios porque es Dios. Pues bien, la religion todavía nos debe ménos la evidencia material, y sin embargo cuántas objeciones se

han producido, completamente desprovistas de razon, que solo consisten en exigir la prueba palpable de las cosas que no se ven! ¿Y puede decirse que la moral no es cierta, porque no pertenece á la categoria de los cuerpos ponderables? ¿Y puede decirse que el honor no existe, porque no se le ha visto por medio de los más poderosos telescopios del mejor observatorio? ¿Y puede decirse que la virtud necesite exhibirse en los aparadores de una exposicion universal, para ser clasificada en el número de las realidades? Y sin embargo, la existencia de Dios será dudosa porque no defiére á los caprichos de esos Tomases de todos los matices, que para confesarlo, exigirán hasta la consumacion de los siglos, haberlo palpado ántes?

¿No es verdad que llevada la cuestion á semejante extremo, hay en la negacion, más ó ménos conscientemente, algo que la comunica cierto colorido de mala fé? La religion se halla comprobada por la historia: pues bien, el anticristianismo, que refiere cual si lo hubiesen presenciado, los hechos de los tiempos prehistóricos, reduce á polvo las verdades más incontestables de la historia cristiana, pasándolas por el tamiz de una crítica disolvente. La religion se apoya en razonamientos metafísicos: pues bien, el an-

tieristianismo niega redondamente la metafísica, para que no sea posible valerse de ella para la defensa. La religión es por su naturaleza invencible: el anticristianismo reduce la certeza al dominio de lo sensible. En otros términos; suprime una gran parte de las ciencias, á fin de colocar la religión fuera del alcance de la ciencia, ó inmediatamente le echa en cara el ser extra-científica.

Dios, que tenía prevista la dificultad que un día experimentaría la fé del hombre para adorarle sin verle, se compadeció de los deseos de su criatura, y por esto el *Verbo se ha hecho carne y habita entre nosotros y su gloria ha podido ser contemplada*. (1). Pero el positivismo, que desconoce al Dios invisible de la creación, todavía admite ménos al Dios hablando y obrando de la redención. En el primer caso le echa en cara el mantenerse demasiado alto, en el segundo no le reconoce el derecho ni el poder de descender tanto. De manera que el hombre siempre halla medio de hacer frente á la verdad, áun valiéndose de aquellas razones que bastan para hacerle postrar de hinojos,

(1) San Juan 1.14.

Llegado á semejante extremo, y no queriendo ceder á Dios, ni pudiendo librarse de la obsesión de su presencia, el anticristianismo ha adoptado el partido de considerarlo como una aparición, mejor como una *secreción* del pensamiento. El hombre, dice, recoge todas las nociones de justicia, de bondad, de perfección; las categoriza, y compone un ideal que personifica, y este concepto de la imaginación humana ha recibido el nombre de Dios. De manera que, según este raciocinio, si tal nombre merece, aquel que es por esencia, se convierte en lo que no es, y la palabra inefable, Dios, no es más que la enseña puesta por la humanidad al borde de la nada, para recorrer el abismo sin medir toda su horrible profundidad.

Ante tan perversa invención, no pueden ménos que sublevarse mi corazón y mi entendimiento. Mas nó, ¡oh Padre de todas las cosas! Yo no os he imaginado, no sois para mí una quimera, áun cuando no halla llegado á comprenderos; no constituís el fruto de mi pensamiento porque mi pensamiento no puede conteneros; no os he colocado dentro de mi espíritu, porque me es imposible borraros de él; no sois un producto de mi razón, porque dado que mi razón pueda negaros, mi naturaleza os llama

sipiente; vos no sois en fin obra mia, porque yo me reconozco obra vuestra. Inútil es pues que la humanidad trabaje para anonadaros, porque sea por el amor, sea por el temor, no puede menos que precipitarse en vuestros brazos amorosos, y así como vuestra imájen sobrepuja á mis pensamientos, mi corazon está tan léjos de abarcarla, que os adora mil veces más de lo que podría expresar. Afortunadamente esta imposibilidad de igualar el acto de fé de mi conciencia, es mi garantía al propio tiempo que mi tormento: cuanta más profunda y arraigada es mi creencia en Dios, tanta mayor es mi incapacidad para confesarlo y menor mi incapacidad para haberlo inventado (1).

Digámoslo, pues, sin profanacion y sobre todo sin comparacion absoluta: en el fondo de los dogmas existe una especie de presencia real. La religion no es en manera alguna un santuario vacío; Dios se halla detras del velo. Ciertamente las falsas religiones lo desfigurán; pero en un grado ó en otro, de una ú otra manera, todo lo

(1) Véase, en las notas puestas á la conferencia quinta, la antiquísima refutación de esta pretendida novedad, Dios es la categoría de lo ideal.

presienten y lo expresan, y ese vuelo infatigable de la humanidad en pos de Dios, no terminará nunca. Tales son las condiciones dentro de las cuales la humanidad avanza, podríamos decir de rodillas, como ciertos peregrinos, y en cuanto pretende tomar otra actitud para marchar con mayor celeridad, se agita, vacila, y no tarda en caer.

Inútil es, pues, que los ateos se den cita para ciertos entierros en los cuales no se vé signo alguno religioso, con el propósito de hacer creer que son muchos; inútil que se pongan en evidencia en nuestras reuniones políticas para que se les crea representantes en parte del alma de la nacion, porque si así lo hacen, les recordaremos que hasta la Francia de Robespierre ha renegado de ellos. Si un día llegaran á legislar, no hallarian de seguro un príncipe capaz de firmar la proscripción del Rey de los reyes, y dado que lo hubiera, no se encontraría un pueblo capaz de ratificarla. En cambio, serian muchos los que, despues de haber defendido por medio de la palabra este artículo principal de nuestras creencias, lo harían bueno con sus cabezas en los cadalsos y hasta en las tumbas, Dios acabaría por tener razon,

No falta quien presuma que despues de algunos años de progreso, la religion no tendrá razon de ser. ¿Qué motivos tienen para hacerle tal injuria? ¿Por ventura se ha roto uno solo de los argumentos tradicionales en favor de la existencia de Dios? ¿Es que Proudhon, por ejemplo, ha logrado destruir la sublime teodicea de San Agustín, de San Anselmo, de Fenelon y de Leibnitz? ¿Es de temer que prevalezca sobre la humanidad entera, un par de docenas de visionarios de Francia y de Germania, que se engalanan con la ridícula pretension de haber inventado el ateísmo científico? «No, en todos los siglos, ha escrito Platon, ora más, ora ménos, han existido gentes dominadas por esa monomanía, pudiendo añadirse además que, por punto general, ninguno de aquellos que, en su juventud ha sostenido la opinion de que no existia Dios, ha persistido en ella hasta su ancianidad (1).

Por consiguiente, no demos nuevas contestaciones á preguntas que distan mucho de serlo. «¿Qué es lo que han descubierto, dice Bossuet, esos génius peregrinos, que no lo hayan descubierto los demas? ¿Presumen acaso, haber vis-

[1] Platon, *Las Leyes*, libro X.

«to las dificultades á las cuales han sucumbido «mejor que aquellos que han sabido vencerlas?» El ateísmo contemporáneo con sus fórmulas capciosas, continúa bajo el peso de esta indignacion magistral. Por lo demas, supuesto que un dia triunfara por la fuerza, su triunfo no seria verdadero: la historia nos dice que Dios, más fuerte que Samson, aplasta bajo las ruinas á aquellos que le insultan. Si el Viernes Santo, aniversario del primer deicidio, ha hecho derramar tantas lágrimas, imaginense si es posible, los males que sobrevendrian tan pronto como se consumara en la conciencia humana ese deicidio doctrinal. El primero, siquiera, ha dado principio á nuestra civilizazion; de seguro que el segundo acabaría con ella: y tal vez tenemos la prueba más patente de que Dios existe, en que no podemos figurarnos que seria del mundo si Dios no existiera.

Sea en hora buena, dice el racionalismo vencido en este punto: el objeto de la religion, siquiera inmaterial, es real: convenido, pues que nuestros homenajes sean reales como el Dios que los reclama; pero al propio tiempo deben ser como él invisibles, y por consiguiente á las manifestaciones sociales y convencionales del sentimiento religioso, substituyamos la piedad

del foro interino. En este punto mi contestacion al ateismo contemporáneo, se complica con la solucion de una objeccion deista.

El buen sentido dice que si la religion, para ser posible, debe proceder de una creencia positiva, para ser razonable, es preciso que exprese publicamente esta creencia. La religion que consiste en respetar á Dios, sin ofrecerle testimonio alguno de respeto, ha sido siempre la de los hombres que no quieren ninguna. La naturaleza no reconoce un culto clandestino. No hay en nuestra alma movimiento alguno que no lo traduzca el cuerpo por medio de la correspondiente manifestacion, ¿se concibe pues, que en tanto todos nuestros respetos y todos nuestros amores nos arrancan gritos elocuentes, sea nuestra fé el único respeto y el único amor condenado á silencio eterno? Un objeto que nos cause admiracion, nos inspira ditirambos; caemos de rodillas para expresar nuestras apasionadas simpatías, ¿sólo Dios estará privado de obtener en tiempo alguno el público testimonio de nuestro amor?

La moral y la naturaleza protestan contra semejante corruptora abstraccion. Corruptora decimos y lo es: en primer lugar para la sociedad, porque el que de su religion hace un secre-

to, arrebatá á la sociedad el valor que comunica el ejemplo, ya que por desgracia el hombre para practicar el bien, ha menester el espectáculo de sus semejantes, obrando de la propia manera. Por consiguiente, de poco le aprovechan nuestras adoraciones *in petto*. Semejantes adoraciones tiene el derecho de conocerlas, como nosotros el deber de manifestárselas, puesto que constituyen una propiedad perteneciente á la comunidad de las almas de que formamos parte: por esta razon nos manda el más humilde de los maestros que dejemos ver nuestras obras, á fin de que el padre celestial sea glorificado. Y por otra parte, semejante religion sin culto, ¿no seria acaso desmoralizadora hasta para nosotros mismos? El sentimiento vive de su propia expansion, y toda religion que carece de un medio para dar salida á la explosion de afectos que brota del alma de sus adeptos, se extingue como un hogar en el que falta el aire. Declaremos, por ejemplo, en nuestros códigos que el respeto filial estará dispensado de testimonios respetuosos, y el amor de los hijos, debiendo vivir encerrado en su corazon, acabará por extinguirse. Pues bien, cerremos herméticamente la religion en las almas y de seguro, y por la misma razon, la veremos sofocarse, porque la religion del hom-

bre, como el mismo hombre, se asfixia cuando le falta aire que respirar. Por consiguiente, podemos concluir que son unos insensatos, los que niegan á la paternidad de Dios la publicidad en las demostraciones filiales que pretenden para sí. La palabra de Pascal, *es indispensable doblar la máquina* (1), constituye la expresion de un profundo golpe de vista sobre las necesidades religiosas de la humanidad.

Para concluir respecto de esta quimera de un hombre religioso que no pertenece á ninguna religion, juzguémosla segun una regla de apreciacion vasta é indiscutible como la misma naturaleza. Tres cosas constituyen la expresion normal y el aparato indispensable de las creencias: el culto, los sacerdotes y los templos. No hay sociedad alguna en que pueda traducirse el sentimiento religioso sin el concurso de esos tres elementos, y el hombre que no puede decir cual sea el culto que presta, ni quienes los sacerdotes á los cuales escucha, ni cuyos los templos que frecuenta, queda excluido de sus pretensiones religiosas por el gran jurado de los siglos y de la humanidad.

(1) *Pensamientos*

Por consiguiente, nada de religion sin derecho á un culto. La fé enjendra su expresion pública, que es la liturgia. Del mismo modo que tienen su manifestacion particular, la amistad, el respeto y el amor, la adoracion, que es el más elevado sentimiento del alma, debe tener tambien la suya. Yo bien sé que no falta quien haga mofa de las ceremonias religiosas; pero no se olvide que el ceremonial de las còrtes y hasta el de las lógias masónicas se ejecuta hasta con emulacion. Se juzga cosa extraña y ridícula el traje de los ministros del Señor, y sin embargo se contempla con admiracion, y hasta con envidia, los distintivos del senador y del capitan general. Lo hemos dicho: todo órden de sentimientos debe tener su manifestacion sensible y la religion no puede escapar á semejante ley. Por esto doquiera se encuentren trazas de religion, deben encontrarse y se encuentran en efecto ritos sagrados, ritos que, en su esencia, serán siempre verdaderos, aun cuando sea falso el objeto que los motiva.

Mas, podrá decirse ahora, ¿qué culto es el de los libre-pensadores? Cuando en el corazon del hombre palpita un sentimiento religioso, sea este el que quiera, el hombre inclina la cabeza, se hincaba de rodillas, y aquel sentimiento no adolece

inspira homenajes privados, sino también adoraciones sociales. Ahora bien, ¿cual es el país del mundo en que se ha visto al hijo de Voltaire tomando parte en esos sacrificios, en esas innovaciones, en cualquiera de esos ritos, en una palabra, que constituyen el fondo de la liturgia universal? Bajo pretexto de no afiliarse en ninguna religión, no practica culto alguno; y por consiguiente, nada tiene de extraño que el buen sentido público, le considere un simple artista en materia de religión: pero en manera alguna un hombre religioso. Por lo demás, esto es siempre una ventaja para la moralidad de las muchedumbres, porque, ¿qué juicio han de formar de esa religión fácil y secreta sino el de que es una farsa, cuando la de los filósofos no es más que un objeto de irrisión?

Nada de religión sin comunicación con un sacerdote. El orgullo humano quisiera suprimir el intermediario entre el hombre y la divinidad; pero la ley de la necesidad se opone à ello. El hombre se halla demasíadamente interesado en su símbolo religioso, para que pueda guardarle con imparcialidad perfecta. Pedir que la tierra se convierta en una especie de Sinaí perpétuamente iluminado, en el cual todo mortal tenga el derecho de dirigirse à su Criador y de recibir

sus oráculos, es lo mismo que erigir en sistema la inmoralidad y la confusión. La confusión sí, porque el pensamiento de Dios expuesto à la interpretación del mundo entero, corre riesgo de sufrir alteraciones, de que está completamente libre, sometido à crísoles elegidos y purificados: la inmoralidad, porque decretar que cada cual podrá juzgar en último grado de apelación, de la regla de la fé y de las costumbres, vale tanto como disponer que los malhechores redacten y apliquen el código penal, y es lo mismo que reconocer que el primer pelafustan reúne tanta sabiduría ó integridad como el soberano Pontífice: en una palabra, es transferir à los simples y à los perversos la infalibilidad de que se despoja à la Iglesia.

Tenemos pues que si para orientar la vida religiosa de los pueblos, se suprime una gerarquía especial, los pueblos caen en las más degradantes alucinaciones. Y ahora preguntamos: ¿dónde están los seres esclarecidos, que sea por sus propios sacrificios, sea por delegación social, han merecido la honra de ser consagrados sacerdotes del libre pensamiento? ¿Dónde está la cátedra de San Pedro del racionalismo; dónde su Iglesia; dónde el sagrado magisterio; dónde en fin sus árbitros supremos respecto de las creencias

y del deber? Lo que hay es, que el que se proclama gran sacerdote de su religion no puede tener religion; porque se pone en pugna con todas las tradiciones religiosas de su especie y deifica su personalidad sobre la autoridad destronada de la naturaleza y del mismo Dios.

Por último, nada de religion sin la frecuentacion de los templos. En cuanto el hombre conoce á Dios, busca y elige lugares á propósito para honrarle. El hogar doméstico es el cenáculo del culto privado; el templo del culto público. Desde la iglesia cubierta de hojarasca, de las regiones Australianas, hasta la magnífica basilica del Vaticano, lo mismo las falsas religiones que la verdadera, celebran sus solemnidades en recintos sagrados. Y no es que desconozca lo mucho que se ha dicho y se ha hecho respecto del templo de la naturaleza: convenido que la bóveda celeste tachonada de brillantes entrelas, constituye la más sublime de las bóvedas que puedan imaginarse; pero la verdad es que no existe culto alguno funcionando al aire libre. Es indispensable un lugar especial, elegido de antemano, para que puedan celebrarse en él los actos de adoracion colectiva; para que nuestra sociabilidad religiosa pueda reunirse al objeto de orar en comun y hacer comunes nuestras sa-

tisfacciones y nuestras amarguras. Por lo demás fácilmente se comprende que el día en que solo podamos contar con la bóveda celeste, para que sirva de cubierta á nuestras reuniones religiosas, será menester mucha fuerza de voluntad, especialmente en invierno y más aun si el cielo nos envía el beneficio de la lluvia, para congregarnos á fin de orar, y más aun para perseverar en nuestras oraciones en lugar tan poco acomodado. De seguro no serian los filósofos, que tan húmedas y tan lóbregas encuentran nuestras catedrales, los últimos que se retiraran del cantado santuario de la naturaleza. Cuando los grandes errores caen en el ridículo, el razonamiento se encarga de refutarlos, y la burla acaba con ellos.

Mas digásenos ahora: ¿dónde encontraremos las basílicas de la religion filosófica que se nos anuncia? Teniendo como tiene el hombre necesidad de relaciones extra-domésticas con Dios y con las almas, ¿cuyo será el lugar donde podrá satisfacer esa inclinacion irresistible? Vuestra opinion política ha podido construir una lógia masónica, á la cual acude para mantener vivo el entusiasmo de las ideas; vuestro gusto artístico ó literario cuenta con círculos y con clubs, en los cuales presta culto á tales inclinaciones; pero

vuestra fe religiosa ¿con qué compañía y bajo qué techo recitará su símbolo especial?

Y téngase en cuenta que no reclamamos para las almas placeres de supererogación; ni mucho menos el sentimiento natural que las llama á las adoraciones populares, no puede desconocerse impunemente. Del mismo modo que ese sentimiento eleva y serena á las muchedumbres, por sus arrebatos regulares, cuando carece de punto de salida, remonta como un vértigo doloroso y se apodera de la mente humana. Así se explica que los casos de locura sean más frecuentes donde son menos frecuentados los templos; y teniendo esto en cuenta, podemos anunciar sin temor de vernos desmentidos, que á medida que disminuya el número de las iglesias en los pueblos racionalistas, tendrá que aumentar el de los establecimientos para alienados, las cárceles y las casas de corrección. No en vano se ha dicho que los templos son los hospitales de las almas enfermas. El hombre oraño y llorando con todo un pueblo, lanza al cielo gritos más proporcionados á su intenso dolor, y por el contrario, en el momento que le falta ese poderoso derivativo, el conjunto de sus lágrimas se agolpa en su débil naturaleza y la hace estallar en explosiones desordenadas. En vano, es pues,

que se pretenda corregirnos de la necesidad de rogar á Dios en familia; el primer movimiento de los hombres en sociedad, consistirá siempre en dirigirse en familia, porque reuniéndose á sus pies comprenden que se unen, que se fortalecen, y nada demuestra con tanta elocuencia que son hermanos, como el acto de reconocerse que son hijos de un mismo Padre. Tenemos, pues, que toda filosofía sin culto, sin sacerdotes y sin altares, por más que se decore con el paramento de un misticismo ideal, no es más que la hipocresía de la religion, dado que no sea la negación de la misma.

II.

El objeto de la religion es real, siquiera inmaterial, y aun cuando sea invisible, le debemos homenajes visibles; por consiguiente, es indispensable que semejante objeto sea sobrenatural.

Ya que el hombre no puede vivir sin religion, ¿puede darse la que le conviene? ¿Las revelaciones todas no están acaso destinadas à verse sustituidas por un culto puramente racional? ¿La civilizacion que comienza por la fé, no debe coronarse, cuando llegue à su completo desenvolvimiento por una religion exclusivamente filosófica? No, es menester que la verdadera religion proceda de más elevado lugar que la naturaleza, y para ello existen tres motivos à cual más poderosos, que consisten en que la naturaleza no puede componerla, ni imponerla, ni circunscribirla.

Hemos dicho que la naturaleza no puede componer la religion. Ciertamente que la razon, con el auxilio de la gracia, descubre la verdadera religion; pero á pesar de ello seria impotente para inventarla; y no obstante la felicidad que experimentaria el orgullo pudiendo trazar su simbolo religioso del mismo modo que formula su profesion de fé política, se vé precisado à suscribir ciertas verdades de las cuales no puede proclamarse autor. El cristiano por sí mismo nada puede ni debe componer respecto de su fé: la busca, pero no la forma, y cuando históricamente ha demostrado el hecho de la revelacion, encuentra en ella todas las verdades. Suponga-

mos por el contrario, à un pensador que pone en tortura su inteligencia con el objeto de crear su Evangelio: ¿de dónde sacará sus materiales? El espíritu humano nos ha dicho cuanto puede decirnos respecto del particular, y lo que de sus experimentos puede esperarse es lo que vamos à ver.

¿Tratase, por ejemplo de determinar la nocion de Dios? Pues en tal caso, à la bella teodicea de un Dios único, substituye el anticristianismo un verdadero pueblo de dioses fantásticos, con una genealogia imposible, con aventuras ridiculas, y una biografia tan escandalosa, que un hombre honrado se desdenaría de tenerlos por amigos; ó caso que desprecie las supersticiones del politeísmo, se limita à adorar la imágen espantosa de la nada encerrada bajo formulas más ó ménos falaces. Es decir, que si los pueblos se hallan en su infancia, todo es Dios para ellos, como no sea el verdadero y único Dios; y si por el contrario se engalanan con el título de civilizados, nada hay que sea Dios, incluso Dios mismo. Se ha dicho que si Dios no existiera seria preciso inventarlo; pero estas palabras que son expresion profunda de un sentimiento elevado, carecen completamente de verdadero sentido filosófico, toda vez que es muchi-

simo más fácil al espíritu humano creer en Dios que inventarlo.

Y la razón, tan mal inspirada de suyo en lo que á la invencion de su Dios concierne, ¿lo estará mejor en la creacion del deber? Para contestar á esta pregunta basta con recordar los preceptos del decálogo, y lo que ha hecho el hombre respecto del particular. La santificación de todas las malas pasiones, la afirmacion rotunda de que la propiedad es un robo, y de que Dios es el mal, la apoteosis del regicidio, la castidad de los falansterios, la probidad del comunismo, los odios y las concupiscencias del socialismo constituyen las últimas palabras de la razón sobre la verdad moral. Y si de tarde en tarde algunos soplos de refrigerante brisa animan esta masa de sueños impuros, podemos asegurar que no son más que reminiscencias evangélicas, que solo sirven para poner más en evidencia la pobreza de la moral independiente, toda vez que en el momento mismo de renegar de la doctrina cristiana, se vé obligada á cometer hurtos con los cuales pueda cubrir su hedionda desnudez. ¡Cuántas veces podria responder Tertuliano á los falsificadores de nuestros mandamientos! «¡Oh Marcion, de nada te sirve haber trabajado, porque debajo de tu falso

«Evangelio, reconozco al verdadero Jesus (1)»

El espíritu humano, impotente para crear la religion por la via de composicion, no conseguirá mejor resultado por via de compilacion. Utopistas templados han existido, que han acariciado semejante quimera. Para ellos el *Credo* de lo porvenir, quedaria reducido á una simple cuestion de eclecticismo, esto es, á un conjunto de plajios llevados á cabo por la razon individual, hechos al tesoro de la razon general. Consideran esos tales, que así como un pintor de la antigüedad pudo realizar una figura bella hasta el idealismo, reuniendo hermosos rasgos y detalles, que pertenecian á diferentes individuos; un concilio de reveladores competentes, atemperándose á semejante sistema, podria formar la verdad total, coleccionando las porciones de verdad diseminadas en la civilizacion universal.

Ilusion por demás pueril, porque semejante trabajo de compilacion seria no ménos difícil que una verdadera creacion. Para elegir la verdad parcial es indispensable llevar la verdad completa en el fondo del pensamiento, lo que vale tanto como decir, que para descubrir la re-

(1) Tertuliano, *Contra Marcion*, IV, n.º 43.

ligion es indispensable poseerla: círculo vicioso, en el cual la razón, girando sobre sí misma, es presa del vértigo.

¿Por ventura no ha grabado Dios esta verdad en la historia, por medio de la enseñanza que resulta de un contraste famoso? Cuando el hombre inventa, dentro de los límites de la ciencia de lo finito, alcanza lo sublime; pero en cuanto pretende inventar dentro de la ciencia de lo infinito, sólo consigue llegar á lo ridículo. Proviene esto de que, en semejante órden de conocimientos, Dios ha querido reservarse el derecho del descubrimiento. El sólo produce, El solo promulga, y el hombre no tiene mas obligación que verificar lo que no entiende: callar y obedecer. Yo comparto mi imperio contigo, parece decir el Creador; avanza en el camino de las cosas profanas y serás Homero, y Pindaro, y Demóstenes, y Platon, y Ciceron, y Corneille y Racine; no te impongo más límites que lo finito; mas deten tu planta junto al dintel de las cosas divinas, y deténla respetuoso, porque sino quieres portarte como hijo por la sumision, tendrás que hacerlo en virtud de tus propios disparates.

Véase, en prueba de lo que acabamos de decir, la inferioridad de las religiones, comparadas

con las demás manifestaciones de la inteligencia humana, durante los mejores tiempos de la antigüedad. En las artes, en las letras, en la sabiduría alcanzais el punto más elevado en el edificio de la civilización: vuestros ensayos constituyen verdaderas obras maestras, y los primeros iniciadores continúan ofreciéndose como modelos siempre imitados y siempre inimitables. En religion, por el contrario, ¡qué caos de incoherencias, y qué excesos casi estúpidos, ora de parte de los reveladores, ora de parte de los creyentes! Nunca del mismo suelo se han visto brotar á un mismo tiempo frutos más desemejantes. Y si de la antigüedad nos trasladamos á nuestra era, en la cual hay mayor refinamiento en la civilización; ¿encontraremos resultado distinto? En nuestros dias el génio del descubrimiento á todo se aplica ménos á la fabricacion de nuevas religiones. En este género más bien se deshace que se hace, por lo mismo que se siente la imposibilidad de hacerlo mejor. Podrá un hombre mantener excitada la curiosidad pública en virtud del anuncio de una epopeya, producto de su inteligencia; pero si en lugar de una epopeya ofrece una religion, de seguro que no conseguirá otra cosa que excitar la burla y el desprecio. Mortales capaces de producir obras

maestras se encuentran en todas partes: los nuevos Moisés y los nuevos Cristos, sólo se hallan en las casas de locos. Prueba instructiva y popular de que la verdad religiosa no puede salir de un laboratorio filosófico, y de que solamente el espíritu de Dios es capaz de producirla y de hacerla aceptar.

Y así como la naturaleza no puede componer la religion, tampoco puede imponerla. Entre religion y sistema media una diferencia radical: un sistema no puede menos que reconocer la existencia de otro que valga lo que él; una religion, ó debe proclamarse razon soberana, ó deja de ser tal religion. Ahora bien: para obtener de la fé de las muchedumbres una adhesion tan extraordinaria, no basta el talento; porque un sábio halla siempre otro que sabe más que él, ó uno ménos sábio que no lo comprende: tampoco basta la sabiduría, porque la de Sócrates y la de Epicteto les ha valido más admiradores que adeptos: tampoco bastan todas las grandezas de la humanidad reunidas en uno solo de sus individuos, porque no hay ni puede haber hombre alguno que, bajo pena de condenacion eterna, pueda imponer sus creencias á los demás. Tenemos, pues, que al que quiera apoderarse de la fé de sus semejantes, le es indispensable, más

que un poder natural, una mision divina, probada por actos divinos.

Napoleon, señor de Europa, estaba convencido de que le era más fácil penetrar en Viena y en Petersburgo, que en la conciencia de sus súbditos; por esto: cuando en 1802 se le aconsejó que se proclamara jefe de la religion, contestó: «No estoy decidido á subir al Calvario para que me crucifiquen, pues sé positivamente que «no resucitaria al tercer dia » ; En qué consiste, pues, la imposibilidad que hace retroceder al presente á ese génio para el cual no existen imposibles?

Consiste en que no hay nada más fácil que crear un sistema; pero al mismo tiempo tampoco hay nada más difícil que hacerlo aceptar como una verdad absoluta: consiste, principalmente, en que el autor de una religion debe gozar del don de infalibilidad para garantir sus aseveraciones, y del de hacer milagros para garantir su infalibilidad: sin tales condiciones deja de ser un revelador, para convertirse en jefe de una escuela.

Y hémos llegados ya por la fuerza de los hechos, á la necesidad del milagro para acreditar la religion, hasta tal punto que precisamente aquello que constituye el escándalo de la razon,

viene á ser su garantía indispensable. ¿Hay manera de que el hombre pueda tener la certeza de lo que existe sobre la naturaleza, sin una manifestación que sobrepuje á la naturaleza? Prescindiendo de los misterios de hecho, tales como los milagros, ¿podrían los misterios de fe, ser certificados por medio de un testimonio proporcionado? No; sólo lo infinito quede proporcionar la medida adecuada de lo infinito: para probar los dogmas sobrenaturales son menester actos sobrenaturales.

Sábios hay no lo ignoro, que, quisieran hacer gracia á la religion de los hechos milagrosos, en cambio de una belleza de doctrina y de una santidad de moral suficientes á servirles de caucion.

Pero la belleza de una revelacion no es un testimonio bastante en su favor: los ciegos no serian capaces de apreciarla. Ni basta tampoco la santidad de una revelacion, ni siquiera la de un revelador, pues los corrompidos podrian rechazarla: en cambio una derogacion de las leyes de la creacion, lo que se ha llamado un golpe de estado en el gobierno del mundo, se impone perfectamente á los que tienen ojos para ver, y que no tienen la voluntad decidida de no ver. Por esto el mismo Jesucristo no hacia de su pa-

labra su supremo testimonio; sino que en favor suyo invocaba sus prodigios, diciendo: *«Si no dais crédito á mis palabras, creed por lo ménos en mis obras.»* Por lo demás, la humanidad, de acuerdo en esto con Jesucristo, siempre ha visto en los milagros el sello de la divinidad impreso á la mision de un hombre, y si no adora lo divino donde quiera que el milagro se manifiesta, es porque posee inauditos recursos que le permiten oscurecer semejante manifestacion.

Sentadas semejantes premisas, es imposible eludir la siguiente conclusion: luego la naturaleza es incapaz de componer ni de imponer la religion, porque la primera de tales obras constituye un milagro de infalibilidad, y la segunda un milagro de autoridad; la naturaleza es el instrumento y el teatro de los milagros; pero no contiene la virtud.

Se dirá, sin embargo, que la naturaleza, ya que no puede componer ni imponer la religion, será capaz de circunscribirla, es decir, de impedir que se convierta en sobrenatural. Tampoco. La religion puramente natural, no basta ni á la naturaleza ni á la necesidad religiosa de la humanidad. No basta á la naturaleza, porque esta tiene una elasticidad ilimitada que no pueden llenar sus propios pensamientos. Traspasa fácil-

mente sus límites dirigiéndose al cielo, y solo lo sobrenatural puede colmar la medida de su vuelo y de sus aspiraciones. Hay más aún: un culto puramente natural no satisface en manera alguna nuestro sentimiento religioso, porque en último resultado, ¿en qué consisten los dogmas, en qué los deberes, en qué las sanciones de este culto? Tres cuestiones que constituyen otros tantos enigmas para la razón, si no busca la solución de ellos en las religiones positivas. Tenemos, pues, que la religión natural es más bien una abstracción que una realidad histórica: en teoría se las separa de las religiones sobrenaturales; más en el terreno de los hechos no puede separarse, por lo mismo que donde desaparece lo sobrenatural, desaparece la religión, no quedando más que una filosofía.

«Una religión, dice Cousin, se distingue de «los sistemas filosóficos, en tanto admite un «dato sobrenatural superior á toda controversia; «al paso que la filosofía solo busca verdades natu-
«rales, sin más auxilio que la sola luz natu-
«ral (1). Esta es la primera y la última palabra del buen sentido respecto del particular. Si con

(1) *De lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. Lec. V.*

frecuencia se resuelve mal, consiste en que con más frecuencia aún, se propone mal. Por consiguiente, no hay para qué hablar del próximo fin de las religiones sobrenaturales, porque esto sería el fin de la religión: que no se nos venga anunciando el futuro advenimiento de la religión natural; porque esto valdría tanto como instalar la filosofía en el gobierno de las conciencias, lo mismo que en el de los espíritus. Semejante religión, con la incertidumbre de su símbolo, la elasticidad de su decálogo, y la impotencia de sus frenos, jamás pasará de un pretexto para abandonar la verdadera, sin seguir ninguna otra. Yo pregunto á los pensadores aristócratas que quisieran contentarse con esta dosis moderada de respeto hácia el cielo, sin perjuicio de dejar á las muchedumbres el máximo de este deber, si podrían manifestarme el grado de cultura que debe poseerse para dispensarse de hacer la señal de la cruz. Y, sobre todo, ¿podrían explicarme, por qué razón el Creador tendría dos medidas en sus exigencias, respecto de la humanidad, una para los párias del espíritu, obligados á doblar las rodillas; otra para las grandes capacidades, á las cuales debería bastar con que votaran en favor de Dios en ciertos artículos de revista? Evidentemente no puede ser así, por-

que la religion tiene de comun con el sol, el no tener lugares reservados, sitios de preferencia para su luz, y mucho mejor aún que ante la ley, somos todos iguales ante la verdad. Y tampoco puede ser así, ademas, porque siendo la religion la expresion de lo infinito, por más cultivados que estén sus discipulos, en el momento mismo en que pretenden aprisionarla en la naturaleza, rompe esta camisa de fuerza, para extenderse y derramar por todas partes convirtiéndose en lo sobrenatural divino, si se encamina à lo verdadero, y en lo sobrenatural diabólico si tuerece hácia lo falso.

El sacerdote, demostrando la religion de que es ministro, ofrece todo el aire de renovar al famoso orador que trabajaba *pro domo sua*. Convenido de ello, cedo gustoso la palabra á autoridades profanas sobre la doble tésis que acabo de establecer: es decir, la verdad de lo supra sensible, y la de lo sobrenatural en el objeto de la religion.

A aquellos que admiten únicamente las realidades materiales, les hablaremos con las palabras de un libre pensador contemporáneo, palabras que llevan impreso un sello de espanto y de verdad, tales como podrán juzgar nuestros lectores.

«Cuando se deja de creer en Dios personal é invisible, el alma se halla solicitada por el abismo, no tarda en caer al suelo derribada, y á veces se sumerge en el fango. Cuando la filosofía no cuenta con otro Dios que con el universo, ni con otro hombre que con el más notable de los mamíferos, no es más que historia natural. Esta es la ciencia de las épocas materialistas. Y, digámoslo de paso, á este punto hemos llegado. Téngase en cuenta sin embargo, que el materialismo constituye la última etapa del género humano. Corrompida y debilitada, la sociedad se deshace à consecuencia de inmensas catástrofes; el rastrillo de hierro de las revoluciones troncha los hombres como las yerbas de nuestros campos. En los surcos ensangrentados germinan las nuevas generaciones, las almas desconsoladas vuelven á creer, convierten al cielo sus miradas, hallan de nuevo el lenguaje de la oracion, y la humanidad se levanta para comenzar de nuevo (1).»

¿No es verdad que no podia esperarse tan elocuente defensa, de un protestante racionalista? Por lo que se refiere á los que confesando

(1) Scherer. *Miscelánea de crítica religiosa*.

las verdades inmateriales, se han detenido en esta primera estación, sin lograr ascender hasta lo sobrenatural, les rogamos que escuchen la voz de un gran protestante sobrenaturalista que les dice: Salgamos de las crisis enfermizas de la humanidad, para penetrar de nuevo en su historia formal y permanente. La creencia en lo sobrenatural es un hecho natural, primitivo, universal, en la vida del linaje humano; en todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los grados de la civilización, encuéntrase al género humano creyendo espontáneamente en los hechos, en las causas exteriores de este mecanismo viviente llamado naturaleza. Por más que se ha hecho para comprender, explicar y magnificar la naturaleza, el instinto de las masas humanas jamás se ha satisfecho y siempre ha trabajado para ver algo superior.

«Y esta creencia instintiva y hasta ahora indestructible, este hecho general y constante en la historia humana, se pretende destruir. ¡Vana quimera, increíble fatuidad humana! ¡Porque en un rincón de mundo, en un día de los siglos, se ha combatido lo sobrenatural, se le proclama vencido! De manera que habeis olvidado completamente la humanidad y su historia (1).»

(1) Guizot, *Meditations*, primera obra.

Terminada esta exposicion se ve lo que debe pensarse de este procedimiento de la negacion que consiste en resolver la cuestion en provecho propio, echando mano para ello, de ciertas frases en boga. La ciencia ante las preocupaciones, dicen los blasfemos; pero precisamente se trata de saber si ellos constituyen la ciencia. La sinceridad ante las convenciones; pero ¿se está realmente seguro de que representemos nosotros las convenciones y ellas la sinceridad? La verdad ante los consuelos, añaden: pero el caso es que nosotros pretendemos que su verdad es puro engaño, y como en tal caso no son únicamente la falsedad que engaña, sino tambien la falsedad que corrompe, y el engaño que martiriza, no tienen el derecho para erigirse en mártires de su franqueza y de su saber, porque no son más que el juguete de una locura voluntaria, ó el instrumento de una pasion malhechora.